TEMA 3: EL DINAMISMO DE LA NATURALEZA HUMANA

Facultades del hombre: Inteligencia, Deseo, Tendencias y Voluntad

(Páginas 105 a 135)

Introducción y Fundamentos del Conocimiento

El estudio del dinamismo de la naturaleza humana exige abordar en primer lugar la inteligencia como la facultad específica que permite al hombre trascender el conocimiento meramente sensible. A diferencia de las especies animales, cuya interacción con el

entorno se encuentra estrictamente delimitada por respuestas perceptivas e instintivas inmediatas, el ser humano posee una capacidad cognoscitiva orientada a la aprehensión del ser, de la verdad y de la esencia intrínseca de las cosas. Este proceso no invalida la experiencia sensible, sino que la presupone: la información captada por los sentidos externos e internos constituye el punto de partida sobre el cual la inteligencia opera mediante la abstracción, haciendo posible la formación de conceptos universales, la elaboración de juicios y la estructuración del razonamiento deductivo e inductivo.

En esta arquitectura del conocimiento humano, la relación entre el pensamiento y el lenguaje ocupa un lugar central. El desarrollo de la psicología evolutiva ha demostrado la existencia de una clara interdependencia entre la maduración intelectual y la adquisición de las

capacidades lingüísticas. No obstante, desde un análisis filosófico estricto, esta vinculación no debe interpretarse en términos de un determinismo lingüístico absoluto. Si bien el lenguaje condiciona la cultura y encauza las formas de representación mental, el pensamiento conserva una prioridad de principio sobre el lenguaje. La relación entre ambos responde a un esquema hilemórfico donde el pensamiento actúa como el principio intrínseco, la forma que da sentido, mientras que el lenguaje constituye la materia a través de la cual la verdad captada por el entendimiento se cristaliza y se vuelve comunicable a los demás.

El Hombre como Deseo: Eros y Agape

Una vez analizada la dimensión intelectual y el acceso del hombre a la verdad, la antropología filosófica se adentra en el ámbito de la afecibilidad y la dinamización de la conducta a

través del concepto del deseo. El ser humano se revela constitutivamente como una «carne deseante», un sujeto atravesado por una tensión que abarca desde los apetitos biológicos más elementales hasta las aspiraciones más elevadas de carácter espiritual y moral. Este dinamismo del deseo muestra que la persona no se encuentra cerrada sobre sí misma, sino dotada de una apertura constitutiva. Autores como San Agustín o Santo Tomás de Aquino señalaron que la inquietud del corazón humano y su búsqueda incesante de satisfacción revelan, en última instancia, un deseo implícito de lo infinito, una orientación originaria hacia Dios que actúa como motor de toda la vida afectiva e intelectiva.

Esta estructura del deseo se manifiesta mediante dos dimensiones fundamentales y complementarias del amor: el *eros* y el *agape*. El *eros* representa el momento inicial del deseo, el

impulso inclinado hacia la posesión, el gozo y la búsqueda del bien en su dimensión sensible o afectiva. Sin embargo, el *eros* por sí solo resulta incompleto; si se repliega sobre sí mismo, corre el riesgo de degenerar en posesividad egoísta y autodestrucción. Para alcanzar su plena realización, el *eros* debe madurar e integrarse en el *agape*, el cual se define como el amor de donación, centrado primariamente en el bien y en la entrega a la otra persona. Lejos de ser dos formas irreconciliables de amor, *eros* y *agape* constituyen dos momentos de un único movimiento existencial: la búsqueda de comunión donde el deseo de posesión se transfigura en el don voluntario de uno mismo.

Tendencias Humanas e Instinto Animal

El estudio de las fuerzas que impulsan la acción humana requiere distinguir formalmente entre el comportamiento instintivo propio de los

animales y el dinamismo tendencial característico del ser humano. En el mundo animal, el instinto se presenta como un mecanismo genéticamente cerrado, innato e inmutable, cuya finalidad y modo de ejecución están prefijados de manera rígida para asegurar la supervivencia de la especie. El animal responde a estímulos específicos mediante patrones de conducta automáticos que resultan idénticos en todos los individuos de la misma especie y que apenas admiten modulación o aprendizaje.

Por el contrario, la tendencia humana se caracteriza por su apertura, su plasticidad y su flexibilidad. Aunque posee una base biológica e innata, la forma en que la tendencia humana se satisface y se proyecta no está determinada mecánicamente. El ser humano no solo satisface sus necesidades biológicas básicas de múltiples maneras creativas —como se

evidencia en el desarrollo cultural de la gastronomía o la indumentaria—, sino que además posee la capacidad de asociar su dinamismo tendencial a una pluralidad casi infinita de objetos y valores abstractos. Esta apertura implica que las tendencias humanas no son perfectas desde el nacimiento, sino que deben ser educadas, integradas y perfeccionadas mediante la adquisición libre de hábitos estables y virtudes.

Los Apetitos Sensibles: Concupiscible e Irascible

Dentro de la estructura de las tendencias sensibles, la tradición filosófica clasifica las respuestas afectivas en dos grandes facultades o apetitos: el apetito concupiscible y el apetito irascible. Esta distinción responde al modo en que la persona reacciona sensiblemente ante la presencia o ausencia del bien y del mal.

- **El Apetito Concupiscible:** Es la facultad mediante la cual el sujeto se mueve respecto al bien o al mal sensible considerado en sí mismo, de manera directa e inmediata.
    - *Movimientos ante el bien:* Cuando el entendimiento o los sentidos perciben un bien conveniente, surge el **amor** como una primera inclinación o atracción hacia él. Si ese bien apetecido aún no se posee, el amor genera el **deseo**, que impulsa la búsqueda activa del objeto. Finalmente, cuando el bien es alcanzado y poseído, la tendencia descansa en el **gozo** o la alegría.
    - *Movimientos ante el mal:* De forma simétrica, la percepción de un mal o un objeto destructivo provoca el **odio** como rechazo primario. Si el mal es futuro o

inminente, el sujeto experimenta **aversión** o temor, movilizándose para la huida. Si el mal se hace presente y resulta inevitable, surge la **tristeza**, una vivencia afectiva de repliegue ante la privación del bien.

- **El Apetito Irascible:** Entra en juego cuando la consecución del bien o la evitación del mal presentan una dificultad notable, exigiendo un esfuerzo, un combate o la superación de un obstáculo.
  - *Movimientos ante el bien difícil (arduo):* Si el bien difícil se percibe como algo realizable, la facultad reacciona con la **esperanza**, una fuerza que sostiene la acción en el tiempo. Si, por el contrario, la dificultad se juzga insuperable, surge la **desesperanza**, que paraliza la energía operativa del sujeto.
  - *Movimientos ante el mal arduo:* Frente a un mal amenazante que aún se puede

vencer, el apetito moviliza la **audacia** o la **cólera** (ira), impulsando al individuo a combatir la amenaza y poner las cosas en su sitio. Si el mal presente supera la capacidad de resistencia del sujeto, la reacción resultante es el **temor** o el miedo, el cual puede llegar a paralizar la iniciativa de la persona.

La Voluntad como Apetito Racional

Por encima de las inclinaciones y pasiones de la sensibilidad se sitúa la voluntad, definida como el apetito racional del ser humano. La voluntad es la facultad inmaterial encargada de querer y amar aquello que la inteligencia le presenta como un bien. Mientras que los apetitos sensibles reaccionan ante estímulos corporales e inmediatos, la voluntad opera en el nivel de la razón y posee un alcance universal, siendo su

acto más propio y perfeccionador el acto de amar.

La estructura de la voluntad se despliega en dos niveles fundamentales de operación:

1. ***Voluntas ut natura*** **(Voluntad como naturaleza):** Constituye la inclinación originaria, innata e irrevocable de la voluntad hacia el Bien en general y hacia la felicidad. El ser humano no puede elegir no querer ser feliz; está marcado por una aspiración constitutiva hacia la plenitud.
2. ***Voluntas ut ratio*** **(Voluntad como razón o deliberación):** Hace referencia a la capacidad electiva y deliberativa mediante la cual el sujeto pondera, decide y elige bienes particulares concretos como medios para alcanzar su fin.

Dado que ningún bien finito, contingente o limitado puede agotar la capacidad infinita de

amar que posee la *voluntas ut natura*, la voluntad humana experimenta una indeterminación respecto a los objetos particulares. De esta indeterminación surge de forma precisa la libertad humana: al no estar coaccionada ni determinada mecánicamente por ningún bien finito, la persona está abocada a la responsabilidad de deliberar y elegir de forma consciente sus propios fines y acciones. Además de su apertura al bien, la voluntad destaca por su carácter reflexivo. A diferencia de las facultades corporales, la voluntad tiene la capacidad de volverse sobre sí misma; la persona no solo quiere un objeto, sino que puede "querer querer". Este fenómeno de autodeterminación implica que en cada acto de la voluntad la persona se configura a sí misma moralmente: al elegir realizar una acción buena o generosa, el sujeto no solo realiza un acto externo, sino que se transforma internamente en

una persona generosa.

Crítica a las Posturas Reduccionistas de la Voluntad

A lo largo de la historia del pensamiento, la naturaleza de la voluntad y su independencia frente a otras facultades ha sido objeto de diversas interpretaciones reduccionistas que niegan o distorsionan su realidad:

1. **El Intelectualismo Moral:** Iniciado por la filosofía socrática y desarrollado en corrientes racionalistas como la de Spinoza, reduce la voluntad a un mero apéndice de la inteligencia. Desde esta postura, la decisión libre se equipara a una conclusión lógica: se asume que quien conoce el bien necesariamente lo ejecuta, y que el mal es fruto exclusivo de la ignorancia. Esta visión pasa por alto la experiencia universal de la

akrasia o debilidad de la voluntad, donde el sujeto, aun conociendo con claridad lo que es correcto, elige deliberadamente lo contrario por la presión de las pasiones o la falta de autodominio.

2. **El Sensismo y el Materialismo:** Representados por autores de la tradición mecanicista como Hobbes o por formulaciones del psicoanálisis freudiano, niegan la existencia de una facultad espiritual y reflexiva como la voluntad. Reducen la toma de decisiones a un vector de fuerzas mecánicas o al resultado de una pugna entre impulsos sensibles contrapuestos, donde triunfa simplemente la tendencia física o biológica más intensa en un momento determinado.
3. **El Sociologismo:** Inspirado en la sociología determinista de autores como Durkheim, traslada la causa de las decisiones humanas

al entorno social. Afirma que lo que denominamos actos de la voluntad no es más que la interiorización de la presión social, el condicionamiento cultural o el deseo de aceptación. Sin embargo, la capacidad humana de oponerse a las normas imperantes, de ejercer la resistencia moral y de actuar contracorriente demuestra que la voluntad transciende la mera coacción del medio social.

Niveles de la Acción Humana: Agente, Actor y Autor

El análisis de la interacción entre la inteligencia, las tendencias y la voluntad permite clasificar la acción humana en tres niveles de profundidad bio-existencial, los cuales delimitan la responsabilidad moral y la realización de la persona:

- **El Agente (*Actos del hombre*):** Corresponde a las acciones en las que el sujeto actúa de manera puramente biológica, reflejos o automatismos corporales (como el proceso digestivo o las respuestas involuntarias ante un estímulo imprevisto). En este nivel no interviene la deliberación ni el imperio de la voluntad libre; por tanto, no poseen relevancia moral ni convierten al sujeto en responsable de su ejecución.
- **El Actor (*Actos voluntariamente modulados*):** Define aquellas situaciones en las que la persona desempeña un rol, una función o una tarea impuesta por las circunstancias, la sociedad o el deber externo. Aunque el marco de la acción viene prefijado, el sujeto puede modular su interpretación, imprimiendo un grado variable de actitud, destreza o desgana. La

persona actúa como un intérprete que no ha escrito el guion de su obra, pero que lo ejecuta con mayor o menor implicación.

- **El Autor (*Actos humanos*):** Representa el grado supremo de la libertad y de la realización personal. Se produce cuando la persona, ejerciendo el pleno uso de su razón y de su voluntad deliberada, toma decisiones de manera reflexiva, asumiendo las consecuencias de sus elecciones e imprimiendo una dirección consciente a su propia existencia. En este nivel, la persona no se limita a reaccionar ante el entorno o a representar un papel ajeno, sino que se adueña de su biografía, convirtiéndose en creadora y responsable directa de su propio destino moral.